



23 de marzo de 1887

Sobre la vida religiosa

Madre María Eugenia de Jesús

Hermanas,

Estamos a punto de celebrar la fiesta de la Encarnación de Nuestro Señor; vamos a considerar este misterio que es el fundamento de la vida cristiana, el fundamento de la vida religiosa y de las gracias que recibimos. Nuestro Señor quiere ser el objeto de nuestra única ocupación y el modelo sobre el que se forma nuestra vida religiosa. Al entregarse a la Santísima Virgen, quiso entregarse a nosotras, a todas las almas, pero particularmente a las que son sus esposas. Sin embargo, para recibir sus gracias, ante todo debes abrir tu corazón, querer lo que Él quiere con una voluntad recta y sumisa que acuda a Él sin pensar en sí misma, en las ventajas, en los sacrificios o en las repugnancias. Comprenderéis que ser esposa de Jesucristo no consiste sólo en llevar velo y hábito (no los llevaremos al cielo), sino tener las disposiciones del alma que debe imitar las de la Santísima Virgen respecto a nuestro Señor Jesucristo.

Acabamos de leer el capítulo sobre la obediencia. Hablaré primero de la vida de fe. La vida de fe debe animar a quienes desean recibir a Jesucristo en sus almas como expansión de la Encarnación del Verbo. Por la fe nos regimos, por la fe nos aconsejamos, por la fe llevamos una vida de oración. Y aquí, hermanas, la gran desgracia es que consideramos sin duda la voluntad de Dios, pero también y sobre todo a nosotras mismas, lo que tenemos o no tenemos, los consuelos que recibimos. ¿Cuántas personas se preocupan más de sí mismas que de servir a Dios? Consideran la estima que se les tiene. **Todo esto entra en sus vidas, pero no es la vida de fe, la vida sobrenatural que busca las cosas** como Dios las da, que busca ante todo tener un verdadero amor a Dios, una verdadera caridad hacia el prójimo, y hacia uno mismo, una verdadera humildad.

Esta vida se realiza en la religiosa mediante la obediencia, la humildad y la caridad. La obediencia: Temo que las almas no se preocupen lo suficiente de esta virtud, de tener hacia su superiora una mirada de fe que les haga ver a Nuestro Señor hablando por medio de ella. Obedecemos a nuestra superiora porque la amamos, porque nos conviene, pero ¿obedecemos desde una visión de fe, una mirada amplia, humilde, viendo en ella la voluntad de Dios? La humildad es en cierto modo más necesaria que la obediencia, pero en realidad son dos hermanas, no hay verdadera obediencia sin humildad.

Conozco algunas religiosas, aunque son raras, de las que se puede decir que abrazan con alegría las ocasiones de humillarse, que buscan cada día realizar actos de humildad. Se avanza en la humildad a medida que se avanza en el espíritu de sacrificio; sacrificio del honor, de la propia voluntad, sacrificio habitual, sacrificio que hace manso, humilde, dócil y que lleva a la verdadera obediencia para imitar a Nuestro Señor en el misterio de la Encarnación. Os propongo estas dos virtudes para que vuestra vida corresponda a la de nuestro Señor.

Que sea una vida obediente como religiosa y humilde como sierva de Dios.

La caridad es la reina de las virtudes, nos hace amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios.

¿Podemos decir que, en toda nuestra vida, en todo lo que nos ocurre, buscamos ante todo la gloria de Dios, el honor de Dios, su voluntad? Averigua cuántas veces piensas en ti misma en un solo día, y te asustarás. Pensamientos sobre tu salud, tu honor, tu trabajo, tus ocupaciones, una cosa u otra. La caridad no es eso, es una virtud que nos hace amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Me sorprendería mucho que me dijerais que pensáis tanto en vuestro prójimo como en vosotras mismas; que estáis tan ocupadas en ayudarlo en sus necesidades y en su santificación como en ayudaros a vosotras mismas. Eso es algo raro, pero deseo que os ocurra a vosotras.

La caridad debe llegar a uniros; esa caridad del alma humilde que cubre fácilmente los defectos del prójimo a los ojos de Dios. Toda religiosa aquí, si es fiel, está destinada a ser reina en el cielo; es la esposa de Jesucristo y, por tanto, es un gran honor. Si pensarais en estas cosas, os honraríais de todo corazón, en vez de deteneros en vuestras pequeñas molestias y movimientos naturales.

Os recomiendo, pues, la obediencia, que es la base de la vida religiosa, la humildad en la que debemos trabajar cada día y la caridad que cada uno debe adquirir.

Para que la casa pueda constituirse con más regularidad, he decidido daros como superiora a la madre Lucie-Emmanuel. Era superiora en Niza y lo será aquí. Madre Jacqueline-Marie seguirá siendo su asistente. Mientras la Madre Thérèse-Emmanuel esté aquí, podrán recurrir a ella en busca de ayuda y consejo.

Después de recomendaros la obediencia, la humildad y la caridad, quiero hablaros del silencio. Creo haber constatado que no somos suficientemente fieles al silencio. Cuando queráis hablar en un momento de silencio, o cuando tengáis que hacer gestiones, no lo hagáis sin permiso, no en los pasadizos y corredores, ni siquiera en el Noviciado, sino en el espacio que hay delante de la habitación de la Madre Thérèse-Emmanuel. Mirad los padres benedictinos, qué fieles son a la obediencia.

El padre Ambroise, maestro de canto, tuvo que pedir permiso a su abad para copiar una música. Esto es lo que debes hacer tú. Pide permiso a la superiora siempre que tengas algo que decir en silencio. Debe haber silencio en la casa para que podáis vivir unidas a Jesucristo.

Desde el punto de vista de la pobreza, no hay que deshacerse de nada sin permiso. Me han dicho que cuando se van las señoras residentes, se cogen cosas de las habitaciones. No se debe mover nada de una habitación a otra sin el permiso de la ecónoma. Algunas hermanas necesitan tomar infusiones o leche. Nunca he aprobado que se coja nada de la cocina; que se lleven esas tisanas a la antigua sala de comunidad y allí las hermanas podrán tomarlas con más regularidad.

Yo seguiría pidiendo a las hermanas que vayan a las horas establecidas a pedir a la enfermera o a la ecónoma lo que necesitan. Eso no quiere decir que no se pueda pedir algo en caso de urgencia, sobre todo a la enfermera si una hermana está enferma; pero fuera de eso, hay unos horarios y hay que atenerse a ellos.

Hay otra cosa que realmente deseo, y es que la superiora esté en el refectorio y en el recreo. Mirad, yo siempre estoy. Tengo la costumbre de hacerlo desde hace cuarenta y siete años, de tal suerte que ahora me cansa comer fuera del horario normal. Es un hábito al que hay que acostumbrarse y mantener. La superiora la más ocupada, debería tomarse siempre entre veinte y veinticinco minutos para comer.

Todas deben procurar ir a la primera mesa, y si no pueden absolutamente, deben pedir permiso especial para estar en la segunda. Os recomiendo esta regularidad tan importante, sin llegar al extremo del religioso que decía: "Quien no quiere ser exacto a las horas de comer, nunca será puntual".

Hay que adquirir el hábito y mantenerlo. Es necesario que la superiora esté presente en los recreos para que haya más vínculos en la comunidad, para que podamos tener una conversación general más a menudo. Pido a las hermanas que ayuden en esto, que no vaya cada una a lo suyo. Hay que hacer el recreo para el bien general, para el consuelo de las demás mucho más que por el propio; hay que proponerse salir de él mucho más fervorosas de lo que se entró. Que se digan cosas buenas, cosas que promuevan la paz, la humildad y la caridad.

Si tenéis algún problema, nunca lo llevéis al recreo. No es un tema para el recreo: "Hermana, ¿por qué has dejado en desorden tal cosa? Llegaste tarde. ¿Por qué has cogido tal cosa?" y tantas otras cosas por el estilo.

Si tenéis algo de lo que quejaros, pedid a la superiora que advierta a la interesada, de rodillas, en el refectorio o en el momento de la obediencia.

Pero, ¿creéis que es una buena manera de venir al recreo llenas de las pequeñas quejas del día? ¿Penáis que esa es una buena manera de vivir el recreo?

Las superioras tienen cuidado de no regañar durante el recreo. Si es necesario, se limitan a decir, por ejemplo: "Hermana, se equivoca al decir tal o cual cosa". La corrección se hace en otro momento. La superiora nunca elige ese momento para hacer una observación; ¿y tú lo elegirías para expresar tus quejas? No digo que lo hagamos aquí, pero puede ocurrir y esto sería muy malo. Os pido a todas que, antes de ir al recreo, elevéis vuestras almas a Dios y le pidáis hacer religiosamente este ejercicio. Os pido que hagáis el recreo de forma caritativa, humilde y religiosamente, no para buscaros a vosotras mismas, sino para buscar el bien general y el consuelo de las demás.

Caminad con paz y confianza. La confianza es una fuerza que os mantendrá en el camino de la perfección. Jesucristo te llevará. Jesucristo bajó a la tierra para redimirnos, para pagar nuestro rescate; debemos aceptar los sufrimientos de cada día con la voluntad de decir siempre: "Lo que quieras, cuando lo quieras y porque Tú lo quieres".

Esta es la atmósfera de la vida religiosa. Jesucristo será vuestro auxilio, os ayudará a alcanzar la eternidad bienaventurada donde un día todas estaremos reunidas.